

EL BATALLADOR

REVISTA LITERARIA.—ORGANO DE LA JUVENTUD SORIANA

Se devuelven los originales.—Prohibida la reimpresión.—De los artículos responden los autores.
Redacción y Administración: Plaza de Aguirre,
Palacio de los Condes de Gómara.

Director: Bienvenido Calvo Hernández

Administrador: Servando Aguilera

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la capital. Un año . . . 1,00 peseta.
Fuera de la capital. . . 1,25 »
Idem, en el extranjero. . . 2,00 »
Número suelto, CINCO céntimos. Pago adelantado.

Saludamos

Por voluntad de nuestros compañeros de redacción, ocupamos los dos cargos más importantes en esta revista. Al presentarnos á nuestros lectores, cumplimos un deber de cortesía, enviándoles nuestro saludo y ofreciéndoles nuestros trabajos.

Saludamos á nuestros compañeros profesionales, á la juventud española, á los hijos nobles, genuinamente castellanos y á los de esta tierra de nuestros encantos: á Soria.

Para todos nuestro saludo y nuestros afectos.

Pero, conste, que el saludo más entusiasta, el más sentido, el más viril, el más enérgico, ese lo consagramos, única y exclusivamente para los lectores y protectores de esta publicación que con su cooperación, con su consejo nos ayudan á seguir la labor emprendida por nosotros.

Somos lo que éramos ayer y seremos lo que somos hoy. En la experiencia, de más de siete meses, hemos aprendido y llegado á conocer á los que se interesan por el bien de los que no saben y quieren aprender, y á los que huyen con la parsimonia del enmascarado para no ponerse en la arista de decir: «no os quiero ayudar».

Con más brío, con más entusiasmo, si cabe, fustigaremos á estos entes hipócritas que, ó no son dignos de ser lo que son, ó no comprenden otra filosofía que la *mía práctica*.

Nuevamente solicitamos el esfuerzo de la juventud soriana. Confesamos que su cooperación es muy necesaria y que todos unidos podremos laborar por la resurrección de nuestras

grandezas y de nuestra historia. Terminamos ofreciendo esta revista para el bien de España, de Castilla y de Soria.

BIENVENIDO CALVO.

Director.

MARIANO CABRUJA.

Redactor-jefe.

CRONICA

SANGRE TORERA

Era la época estival. El tiempo, aunque inseguro, incitaba á solazarse con emociones fuertes, sentidas y añoradas tras largo período invernal.

A modo de epílogo al gran desahogo taurómico del pueblo, para *solenizar* las fiestas tradicionales, surgió potente la avasalladora y luminosa idea de un émulo de Cúcharas.

Entre la gente moza, la *élite* de nuestros jóvenes intelectuales, entre los pequeños burgueses que podían tirar cinco duros, organizóse una becerrada.

Intrépidos *amateurs*, flor de la torería de andar por casa, arrojados lidiadores de salón ávidos de divertirse y lucir ante selecto público sus facultades taurófilas, arrancaron adhesiones de otros jóvenes que, aunque no sintieran correr su sangre con tanto ardimiento por la mal llamada Fiesta Nacional, no tenían cara de negarse, y, como abúlicos, lo mismo se van con el moro Muza que con Perico de los Palotes por aquello del compromiso.

Y quedó nombrada la respectiva comisión, que, como es natural, componíase de los más entusiastas por el arte del «Enagüitas», y no comía ni dormía, desviviéndose, en una palabra, con una actividad y un calor dignos de mejor causa porque no faltasen detalles para el mayor éxito de la *fiesta*.

Y fué un éxito. ¿No había de serlo? Desconoce España quien no lo crea, porque... ¡Oh los toros! Es el gran resorte que mueve las multitudes españolas esencialmente toreras, aun las más apáticas y que no se molestan por nada ni por nadie.

Es claro, como el sentimiento y el pensamiento son cosas distintas y el sacrificio refinado, con arte, de los inocentes y nobles brutos astado, lo sentimos nosotros porque lo llevamos dentro, nos recreamos los racionales

con el martirio de los irracionales y nos enorgullecemos de nuestra genuina fiesta, prestándole todas las atenciones, guardándole todos los encantos y adornándole con nuestras mejores galas.

Ved ahí, pues, un pueblo feliz en día de toros, aunque sea una humilde becerrada.

Y había que ver qué mujerío. El que con la misma gracia se pone una mantilla blanca para ir á la plaza que una negra para ir al templo. El mismo que acude, inconscientemente, al suplicio inútil y carnicería de animales, casi indefensos, realzando el espectáculo con su presencia, que actúa en los misterios de la Iglesia sin comprenderlos.

¡Qué encanto! Las señoritas de la localidad obligadas presidentas, como objetos de distinción, dando vida al acto y color al cuadro.

Lo mismo les importa presidir una novillada, que una mesa petitoria en los Oficios *divinos*, que formar la Corte de amor en unos Juegos florales.

¿Y los *toreadores*? ¡Vaya arrogancia! Igual si llega el caso se matan un toro como se pueda, que corren una juerga, que se marcan una *matchicha* si se terciá. El caso es divertirse.

Ahora bien, todo lo que sea sacrificar la tranquilidad y bienestar por causas nobles, como luchar contra la injusticia, la ignorancia, la miseria, etc., etc., para qué? Los jóvenes á gozar y que se *chinchén* las que no puedan.

¿Para qué organizar, por ejemplo, una *tómbola* de caridad y gastarse cinco duros cada uno que pueda en eso?

¿Por qué se han de organizar veladas artísticas cuyo lema sea «el arte por el arte», y cuyo fin consista en instruir y educar deleitando?

No hablemos nada de organizar manifestaciones populares para pedir el abaratamiento de las subsistencias, especialmente del pan, y la pronta resolución del vital asunto de las escuelas públicas, entre otros también importantes. ¿Para qué?

Si de esas cuestiones no se ocupa la juventud que vale, sobre todo la intelectual, ¿para qué sirve?

Que vaya á sustituir las recientes y numerosas bajas de la tauromaquia y, si es nuestro *sino*, dediquémonos todos á tan edificante arte, huyendo del verdadero, el que ilustra, ennoblece y produce riqueza. Que se abran escuelas de tauromaquia, si está ahí nuestro porvenir, y ciérrense las Universidades y escuelas.

Cojamos el estoque de matador, los rehiletes y el percal y abandonemos las máquinas agrícolas e industriales... Mas ¿para qué seguir? Dejémonos de sentimentalismos cursis y que rueda la bola.

RUBIALES.

La estrella vespertina

SONETO

Cuando fulgido diamante seductor aparece en el cielo encantadora

la estrella de la tarde, anunciadora del descanso, y muy llena de esplendor.

Fantástico y brillante es su fulgor, es el heraldo de la hermosa aurora, que en el azul cristal nos enamora, así como en el pensil la erguida flor.

Astro bello, sublime y refulgente, que por las noches en los cielos gira al retirarse Febo prepotente;

Dejando lucir la luz que nos inspira con su claridad pura y sorprendente cuando el día moribundo espira.

J. JUANES DE PILOTTI.

ESTELARES

Ecos tuqurianos.

Hoy escribo lector desde un rincón de la vieja Castilla, á donde no llegan los murmullos de la balumba humana ni los susurros de las disputas de presunción.

Aquí en esta tierra do se guardan esos recuerdos de la niñez que ocultamos siempre para pensar en aquella sentencia de «cualquier tiempo pasado fué mejor», no experimento penas de ningún género; aquí la vida tiene algo orleado de sacratísimos recuerdos; aquí la vida se desliza con tonos de belleza y de placer; aquí se respira la pureza del ambiente, guanesco y castellano, aquí la vida es grata...

He visto mi pueblecillo y he visto á mis aldeanos como los vi siempre. En sus casas que semejan sinuosidades indefinidas hallo el mismo lema: Trabajo. He paseado por sus caminos y he visto á los humildes enarcados y sin fatiga trincar las rojizas espigas del cereal que tiraron á la gleba-madre para recoger el pan nuestro de cada día; los he visto abandonar sus lares cuando clareaba el día y no han tornado hasta que éste se esfumaba para dar paso á las sombras nocturnas, que traían una Luna con énculo rojo, sumamente rojo, delator del recuerdo de Salomé, aquél famoso cuadro trágico que como bíblico tiene el destello de lo evidencial.

Estático, sin comprender cuestiones que para otros parecerán axiomas, he contemplado la tierra que rodea mi pueblecillo. Siempre hay en sus muros poemas impregnados de santidad y de ternura.

Quiero sentir me poeta y camino á los lugares apartados de mi pueblo. Escuchando el sonsonete trivializado de algunas avejillas, sintiendo el bramar

continuo de un río que parece canta las glorias de pueblos grandes y las arrastra con brío e impetuosidad para arrojarlas por Oporto en el Atlántico, y admirando la tierra y los espacios, me creo feliz, creo vivir próximo á las frondosidades de Sur le Colombes.

La errantez premeditada puede verificarse en una aldea.

Y yo que si no soy «bohemio» quiero serlo, busco cuadros que puedan semejar retratos de los andantes intelectuales para imitar y convertirme en bohemio y errante voluntario.

Lo mejor del día en la aldea es el comienzo del anochecer, el desaparecer lánguido del día.

Montañas rojas fórmanse en el límite del horizonte sensible. Sobre la cúspide admiro el destello de llamaradas lívidas que parece incendian otros mundos ocultos más allá de las montañas rojas. Forma la luz un cuadro verdoso con ligeras manchas cetrinas y su verdosidad se trasmite á las casitas blancas de la aldea.

A lo lejos se escucha el estridente golpe de campanas que tocan con ritmo y pausa de melancolía la oración de difuntos.

Recuerdo aquellos versos de ya doblan las campanas ya tocan á los muertos, y camino alimentando ilusiones y ensueños que acaso no tengan efectividad en lo positivo de la vida...

Miro á las montañas rojas que ocultan otros mundos y quiero romper con la mirada la elevación de otras montañas que ocultan también otros pueblos y otras casas bancas tambien en donac y se ocultan ilusiones y ensueños... regreso á la aldea para admirar á través de las rejas de mi casa, una Luna rodeada de un círculo rojo, inmensamente rojo, delator del recuerdo de Salomé aquel famoso cuadro trágico que como bíblico tiene el destello de lo evidencial.

BIENVENIDO CALVO.

Páginas sueltas

(Del libro «Rafa ó la mujer inconsciente»)

I

FUE UNA NOCHE DE INVIERNO

En la hermosa y rica capital de Vizcaya, no es muy cruel la temperatura; pero aquella noche, el suelo se hallaba cubierto de nieve y el frío, aunque no muy intenso, sentíase bastante.

Nos hallamos en una casa de pobre apariencia y en cuyo interior reina espantoso silencio.

Arturo, mi pobre amigo, se halla agonizante. Una traidora enfermedad le arrebatava la vida cuando apenas tenía veinte años.

Próximos al lecho donde descansa el joven pintor y vate inspirado, nos hallamos su hermana Celes y yo.

De vez en cuando, del pecho de Arturo escapase un quejido que nos estremecía.

Aquella noche, todavía no había cerrado los ojos. Como si presintiera la hora fatal, mirábanos con ojos de

asombro, cual si quisiera leer en nuestros rostros el próximo desenlace de tan triste escena.

II

El reloj de una próxima torre había tocado las dos. Arturo había dormido un rato y ahora conversaba con nosotros. Nada en él hacía notar la hora próxima de su muerte.

De pronto agítase sobre su lecho, dirige la vista á todas partes y como si no encontrase lo que buscaba, déjase caer sobre la almohada.

Nos llama á nosotros y ordena á su hermana Celes que salga de la habitación.

Tristemente impresionado por la voz cadavérica ya de mi amigo, me acerqué cuanto pude á él, y ocultando mi tristeza, procuré animarle con relatos de hechos alegres pasados en días mejores.

«Pero, sin hacerme caso, cogíome una mano, y, después de recordar nuestra amistad leal, sincera y desinteresada siempre, me dijo:—Toma esta llave, abre con ella el cajón de esa mesita que ahí—señalando—ves y saca de él un paquetito de papeles que guardo atado con una cinta de seda.»

Hice, lleno de asombro, cuanto me había mandado, y cuando vió en mi mano el paquete me rogó se lo entregara.

«Aquí—decía—conservo la historia de aquellos amores desgraciados que tú sabes.»

Esta obra—continuó—á tí te la dedico, pero á condición que no has de leerla hasta ocho días después de mi muerte. En el paquete llevas una carta, entérate de lo que dice y procura cumplir mi última voluntad. Dijo, y volvió á echarse en el lecho. Pero aquella vez había caído sin vida.....

Habían transcurrido dos meses

Sumamente ocupado en dar despacho á la multitud de trabajos que sobre mí pesaban, ni siquiera habíame acordado del paquete que me confiara mi desventurado amigo.

Una noche, apenas hube llegado á mi domicilio, fuíme derecho á la caja donde guardaba el misterioso paquete, dispuesto á enterarme de su contenido y á dar cumplimiento á los últimas disposiciones del infortunado Arturo.

Des hice con sumo cuidado el paquete y busqué, ante todo, la carta de que me hablara mi amigo.

No tardé mucho en encontrarla. Me apoderé ansiosamente de ella, y, al tenerla en la mano, noté que envolvía un objeto más grueso y más pesado que el papel: era un retrato. Examiné su rostro y una sola mirada bastóme para conocerla: era Rafa. Arrojé con desdén aquél retrato y púsemé á leer la historia. Y leí:

«Hoy que la Realidad—esa mágica diosa que nos permite ver las cosas bajo el prisma de la Verdad—se ha abierto camino en medio de los abrojos que circundan el penoso ser de mi vida, y aprovechando uno de los pocos

momentos de tranquilidad de que goza mi espíritu, tomo la «piqueta de posturas cómodas» y colocada sobre mi diestra la dejo correr por unas cuartillas que merodean sobre la mesa de mi despacho. Vacilo aún por espacio de algunos momentos.

«Mi espíritu, mi alma sensible y delicada, se halla contristada ante el terrible é inesperado desengaño que ha sufrido dos ó tres días ha.»

«Y créame usted. Yo nunca hubiera hecho lo que voy á hacer, si la conciencia, mi espíritu y mi mente soñadora, no me impulsaran á obrar así.»

Aquí, mi amigo, se extiende en algunas consideraciones, y después pasa á hablar de su madre, para la que tiene párrafos como estos.

«Hace algunos años, cuando yo apenas contaba diez, una terrible enfermedad, que minaba poco á poco su existencia, me arrebató traídamente el ser para mí más querido, el más cariñoso y el mejor de cuantos yo había conocido en el mundo: mi querida madre. Permítame, lector ó lectora, quien quiera que seas, que, al recordar en estos momentos el nombre bendito de mi madre, haga un paréntesis en esta triste relación, para dirigir mi vista á la eterna morada del Sumo Hacedor y elevar mis oraciones á la Divina Providencia por el eterno descanso de la que en vida fué santa mujer, esposa modelo y madre amantísima de sus hijos.»

«Ay, madre mía, si en estos momentos de angustia y de pesar para tu hijo pudieras volver á este valle de lágrimas, tú, la mujer más santa de cuantas conocí, serías mi único consuelo.»

«Tú serías la única que podría curar las heridas mortales que una ingrata compañera produjo en lo más hondo de mi pobre corazón!... ¡A tí, madre querida, hubiera acudido presuroso en cuantos momentos trágicos pasé, y acogido tiernamente por tí, sostenido en tu maternal regazo, abrazados cariñosamente el uno al otro, te hubiera contado todos mis pesares, te hubiera dicho todas mis penas, seguro de que tú, madre querida, habrías escuchado con atención mis quejidos y hubieras secado mis lágrimas con saludables consejos y frases cariñosas y consoladoras!...»

«Pero Dios, ese Ser Superior que nuestra religión nos le describe como el encargado de velar por nuestra felicidad, no lo quiso así; y yo, sin duda, nací para ser el prototipo del Job de la historia que, cargado de pesares y sufrimientos, carezca hasta de un cariñoso amigo que sirva de lenitivo á tanta desventura como yo sufro...»

«Descansa, pues, ¡oh tu, madre mía, en esa dichosa mansión de bienaventuranza, y ya que en la tierra no te sea dado curar las heridas del corazón de tu hijo, vela desde el cielo por mi espíritu y cura las heridas del alma con tus dulces plegarias al Señor...»

Aquí había llegado cuando vino á distraerme la voz de una linda vecinita que llamaba en la puerta de mi cuarto, y por cuyo motivo suspendí la lectura por algunos momentos...

SERVANDO AGUILERA GARCÍA

(Continuará)

Burbujas.

La Mantilla.

Tiene la mantilla los encantos de una sultana y las seducciones de la belleza inconmensurable, además de encerrar lo clásico, lo eminentemente clásico y típico de la española raza.

Yo ví la mantilla en una caja, estaba muy doblada, no podía prestar ni inspiración al poeta, ni encantos á la que con ella se adornara; y la mantilla, doblada, muy doblada y trascendiendo á un aroma ahuyentador de la polilla, me pareció que lloraba el abandono de las damas, por no adornarse con ella que sabía tantos encantos admirar, y que no ignoraba la ciencia de abrillantar otros...

Yo tenía que hacer un himno á la mantilla, esa preciosa prenda, que nos recuerda nuestros linajes..., que es también una testigo ante nosotros de epopeyas gloriosas...

No es tan sólo la prenda obligada para la fiesta taurina, tan española como la mantilla; es más, mucho más. La mantilla será siempre la prenda que adornará la linda cabeza... llena de fantásticos proyectos de la simbólica figura que representa nuestra Nación.

Y yo que ví un día la mantilla doblada, la admiré otro prendida, haciendo marco á rostros angélicos, á figuras Ideales. Admiré cómo la mantilla, airosamente colocada, acariciaba los talles de nuestras bellas y besaba sus rostros y cubría púdicamente sus sonrojos cuando eran agasajadas por su hermosura... Y ví todo esto y envidié á la mantilla que prendida sobre sus corazones se adueñaría tal vez de secretos amorosos...

¡Oh, prenda abandonada, cuántos encantos prestabas y á cuántos encantos hacías halo glorioso!...

Tu sencillez es elegante, más elegante que esas modas parisinas que no dudo serán bonitas, y serán modernas... pero son ridículas. Y pensaba yo, el por qué nuestras españolas bellezas no se adornaban contigo. ¡Oh mantilla! Hacén bien! Ha pasado desde que yo te ví sobre los hombros de gentiles hembras un periodo bastante crecido de tiempo, y todavía sigo alucinado por los destellos de la hermosura, de la gracia y donaire de tus poseedoras; y tú que eres prestamista de encantos, no puedes, ni debes llorar tu abandono. ¿Para qué necesitan de tí las bellas?

OCTAVIO.

Envío.—A todas las que, adornando sus bustos con la clásica mantilla, tan española como la fiesta que presidían, deslumbraron al que esto escribe con los lumínicos destellos de su hermosura más que natural.

M. C. H.

De Yelo.

Todos los días recibimos de nuestros amigos felicitaciones por el triunfo obtenido con motivo del certamen.

Ultimamente hemos recibido una de Yelo, que sentimos no publicar íntegra, en la que un grupo de jóvenes con la fogosidad propia de su edad y con un entusiasmo propio de espíritus viriles y llenos de energías, nos ofrecen su incondicional apoyo y nos alientan á proseguir por el camino emprendido. Esos jóvenes de Yelo, terminan su hermoso trabajo de esta manera:

«Si para cuanto se trate de cultura y de ilustrar al pueblo, necesitáis del apoyo de la juventud, nosotros, jóvenes, os prestaremos siempre decididos el nuestro, ofreciéndoos nuestra sincera amistad, nuestro pobre valer y nuestra más incondicional adhesión.»

—Pedro Miguel, Hilario Fernández.»

Agradecemos en lo que valen las frases que nos dedican los jóvenes de Yelo, y ya saben pueden disponer de estas columnas en bien de la cultura de su pueblo.

Noticias.

Acompañado de un atento b. l. m. hemos recibido un ejemplar del *Anuario-Guía de Soria y su provincia*, del que es autor nuestro querido amigo don Lucinio Llorente.

Por exceso de original no podemos ocuparnos de tan importante libro, y, prometiendo hacerlo en el próximo número, nos limitamos hoy á felicitar sinceramente al señor Llorente.

D. E. P.—Ha fallecido en esta capital don Julián Enciso Vera, comandante retirado de infantería y persona que contaba con numerosas simpatías.

A toda su familia y muy especialmente á nuestro querido amigo Saturio Enciso, hijo del finado, acompañamos en el dolor que experimentan por tan irreparable pérdida.

El pasado lunes 12 del actual se verificó en Covarrubias de Almazán, el enlace de la señorita Felicita Galvo, hermanana de nuestro compañero director, con el profesor de 1.ª enseñanza y estimado amigo nuestro don Florentino del Rincón Blanco.

Estafeta.

P. M., Yelo.—Recibí tu carta. Gracias. Te mandaré recibos.

H. F., Id.—Exceso de original impidió satisfacción publicar su aplauso. Gracias. Le anoté como suscriptor.

G. R., Viana.—Te envié programa. No he recibido soneto. ¿Mandarás algo?

RUBITO.

El Batallador



Revista literaria que publica quincenalmente la juventud de Soria.

Colaboración libre.

Cuotas voluntarias para imprimirlo.

Dirección: Mayor, 38, 1.º = SORIA

Nuevo establecimiento de tejidos del Reino y Extranjero

A. SANCHEZ

VIUDA DE BALLESTEROS E HIJOS

En este establecimiento se hace toda clase de pelucas, bisoños, trenzas, bucles, flequillos, rizos, crepés, etc. etc.

Además se hacen cuadros-panteones y demás adornos, incluso dijes, sobre cristal, marfil ó nacar, todo en cabello, á precios sumamente conómicos.

También se alquilan pelucas, barbas y rnos para teatros y disfraces.

Compra y venta de cabello.

Marqués del Vadillo, 2. Soria
PELUQUERIA ARTÍSTICA E HIGIÉNICA
Desinfección antiséptica

Gran surtido para la temporada de verano.

Trasladado al Collado, 67, Soria

(JUNTO A CASA VICEN)

DISPONIBLE

Estata.